

CONSTRUCCIONES DEL TERRITORIO EN PERSONAS DESPLAZADAS: SIGNIFICACIONES, PRÁCTICAS Y RESISTENCIAS

TERRITORY CONSTRUCTIONS IN DISPLACED PEOPLE:
MEANINGS, PRACTICES AND RESISTANCES

NATALIA NOREÑA OSPINA*

<https://orcid.org/0009-0009-5614-3768>

Fecha de entrega: 25 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 12 de mayo de 2025

RESUMEN

El artículo busca identificar los procesos de construcción y resignificación de territorios y lugares de las personas desplazadas pertenecientes a ASODER en Rionegro, Antioquia, mediante el análisis de sus experiencias de vida y las diferentes prácticas de resistencia que allí se dan. Se trata de una investigación etnográfica a partir de técnicas como la observación participante, entrevistas semiestructuradas y a profundidad, grupos focales y talleres, que analiza el desplazamiento, las experiencias en el territorio de acogida y las estrategias que permiten al grupo construir y reconstruir la forma en que habitan y reclaman los lugares, a partir del emplazamiento como apropiación del espacio. El artículo muestra que en el emplazamiento se presentan lógicas de tensión por el uso compartido del territorio y está atravesado por dinámicas de resistencia.

PALABRAS CLAVE: *Desplazamiento forzado, territorio, emplazamiento, desigualdad territorial, memoria.*

* Maestra en Antropología Social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Especialista en salud mental de la niñez y la adolescencia, Universidad CES; Psicóloga, Universidad de Antioquia. Líneas de investigación: conflicto y territorio. Contacto: natynore@gmail.com

ABSTRACT

This article explores the processes of constructing and resignifying territories and places by displaced individuals who are part of ASODER in Rionegro, Antioquia. Through an analysis of their life experiences and various practices of resistance, the study examines how these individuals reshape their relationship with space. This is an ethnographic study that employs methods such as participant observation, semi-structured and in-depth interviews, focus groups, and workshops. It analyzes forced displacement, experiences in the host territory, and the strategies that enable the group to (re)build and reclaim the spaces they inhabit, understood through the concept of emplacement as a form of spatial appropriation. The article highlights how emplacement involves tensions arising from the shared use of territory and is marked by ongoing dynamics of resistance.

KEYWORDS: *Forced Displacement, Territory, Emplacement, Territorial Inequality, Memory.*

INTRODUCCIÓN

Este artículo indaga las formas en que un grupo de personas desplazadas por el conflicto armado colombiano, organizadas desde hace más de 15 años en

ASODER²³ y residentes desde entonces en el Municipio de Rionegro, Antioquia, Colombia, han construido vínculos territoriales con este municipio. Para ello se analizan aspectos temporales, espaciales y de relacionamientos con otros actores del mismo territorio. La investigación forma parte de una búsqueda más amplia alrededor de procesos de configuración de las identidades rurales en este mismo grupo de personas, teniendo en cuenta que sufrieron desplazamientos forzados desde contextos rurales a otros predominantemente urbanos, lo que les generó pérdidas de relaciones y referentes.

Dicho esto, el documento tiene como objetivo identificar los procesos de construcción y resignificación de territorios y lugares de las personas desplazadas pertenecientes a ASODER en Rionegro, Antioquia, mediante el análisis de sus experiencias de vida y las diferentes prácticas de resistencia que allí se dan. Asimismo, busca realizar una descripción etnográfica que acerca a lectores a las construcciones de sentido que suponen las dinámicas de reapropiación territorial y proponer así una lectura teórica sobre espacIALIZACIONES construidas como respuestas al conflicto armado interno, poniendo en evidencia los agenciamientos de las comunidades afectadas. Así las cosas, la pregunta que guía esta pesquisa es ¿cómo construyen y resignifican sus territorios y lugares las personas desplazadas de ASODER

23. Asociación de desplazados de Rionegro.

en Rionegro a partir de sus experiencias, prácticas y resistencias?

Con el fin de cumplir con estos objetivos, la metodología es cualitativa y etnográfica, y parte de experiencias propias y de las y los interlocutores, entre los que se incluyen personas desplazadas y otras residentes de Rionegro y el Oriente Antioqueño. Para el acercamiento a residentes de Rionegro y conocedores del tema, que no se reconocen como víctimas del conflicto, se utilizaron dos herramientas: las entrevistas semiestructuradas y el grupo focal, con el propósito de conocer perspectivas externas al grupo. Con las personas víctimas y desplazadas por el conflicto, el uso de metodologías fue diverso. Se realizaron talleres participativos con miembros de ASODER, a los que asistieron en promedio 30 personas por encuentro, lo que permitió una mayor diversidad de voces, percepciones y experiencias; entrevistas a profundidad con cinco personas (cuatro mujeres y un hombre adultos/o), en sus contextos cotidianos, fueran estos sus casas o sus sitios de trabajo, para estar en espacios de confianza y poder así observar los lugares y las dinámicas de las cotidianidades; además de recorridos en territorios apropiados por las personas. Así mismo, se participó en espacios colectivos como las reuniones propias de la organización, momentos de integración y de conmemoración. Por último, toda la información fue analizada a la luz de tres grandes categorías de análisis: desplazamiento forzado, resignificación territorial y resistencia.

Por otro lado, la investigación que este artículo enuncia se justifica en la medida que visibiliza las formas en que las víctimas de desplazamiento forzado no solo sobreviven, sino que desarrollan herramientas de reexistencia y persistencia territorial, desafiando así el establecimiento de discursos dominantes acerca del desarrollo urbano y la integración. En este sentido, este trabajo aporta a las reivindicaciones de derechos de las comunidades y a las luchas comunitarias en torno a las reconstrucciones de sentido territorial, develando las formas de pensar, los compromisos de las personas y los procesos de memoria que allí se desarrollan, pues se trata de comunidades en continua actividad de resistencia y reelaboración del tejido social.

En este sentido, el análisis espacial cobra relevancia, puesto que contribuye en términos teóricos con la ampliación del concepto de emplazamiento en relación con formas de apropiación de los espacios a partir de la asignación de sentidos diversos a los establecidos en su función primaria (Lefebvre, 2013). Así mismo, ofrece un modo particular de análisis del territorio en el marco de un sistema de lugares, tomando en cuenta los niveles físico y simbólico del espacio, así como su relación con el tiempo y sus cargas emotivas. Este texto aborda las memorias desde el componente individual evidenciado en ejercicios cotidianos en las vidas de las personas, en vínculo con los reclamos a la institucionalidad para el goce de su derecho a que se conozca lo sucedido, además de con-

tar con espacios que reúnan sus ejercicios de reivindicación histórica, es decir, dichos ejercicios individuales se relacionan con una producción colectiva.

Así las cosas, en los siguientes apartados se introducen elementos para comprender los efectos del fenómeno del desplazamiento forzado en Colombia sobre las construcciones espaciales en relación con territorios y lugares, proponiendo un análisis escalar desde el contexto global colombiano hasta el municipio en donde se desarrolla la investigación. Para ello se toman en cuenta investigaciones previas, análisis teóricos y elementos etnográficos que ilustran los significados y prácticas espacializadas. Del mismo modo, se describe etnográfica y teóricamente el concepto de emplazamiento en la lógica de un sistema de lugares habitados y reclamados, construcciones que abordan los procesos de apropiación del espacio, manifiesto en relaciones de poder, negociaciones y resistencias.

EL FENÓMENO DEL DESPLAZAMIENTO FORZADO EN LÓGICA DE TERRITORIO

La movilidad entre territorios forma parte de la historia de la humanidad. Nuestros antepasados lo hacían, por ejemplo, en búsqueda de nuevas tierras, experiencias y mejores condiciones climáticas o alimenticias. De hecho, en términos biológicos, nuestros cuerpos y cerebro están adaptados para la migración. Los ojos frontales, la espalda erguida, el bipedismo en sí son dispositivos que nos

permiten recorrer largas distancias y dar soluciones a conflictos con el medio ambiente que en otras condiciones podrían resultar obstáculos. Actualmente continuamos movilizándonos por razones similares y por otras, como puede ser la búsqueda de oportunidades de empleo, de nuevas experiencias, cambios en las configuraciones del territorio, huir de guerras, entre muchas otras.

Sin embargo, cuando hablamos de desplazamiento forzado, si bien se trata de una forma de movilidad, es también un fenómeno con unas características específicas. No es una movilidad o migración cualquiera, como en su momento lo expresaron algunas élites políticas en cuanto al caso colombiano, cuando argumentaban que en el país no existían desplazamientos forzados sino migraciones, haciendo referencia a que se trataba de movilidades por buscar mejores oportunidades, aunque los éxodos de poblaciones enteras fueran evidentes. Tampoco se refiere a los procesos de gentrificación que obligan a campesinos/as y otros habitantes a vender sus propiedades por no lograr sostener los costos de vida en un espacio determinado; más bien de un proceso inscrito en las lógicas de un conflicto armado de larga duración, en el que distintos actores operan bajo formas del dominio y el terror llevando a personas, familias e incluso comunidades enteras a abandonar sus casas, veredas, barrios y territorios por medio del uso de las armas, de intimidaciones, amenazas, de la ocupación de los espacios, de abusos sexuales, ase-

sinatos, en fin, una serie de vulneraciones que se emparejan con el desplazamiento y lo invisibilizaron por algunos periodos, pues lo expusieron como un resultado de los hechos que enuncié anteriormente (CNMH, 2015).

Aunque es cierto que los desplazamientos ocurrían a la par con estas otras formas de la violencia, los efectos inconmensurables sobre la vida de las personas y de los territorios no pueden ser entendidos sin atender a sus particularidades, que implican historias transformadas por dinámicas en las que las experiencias sobre el territorio y la identidad personal y colectiva se desdibujan, o como lo manifestaría el Centro Nacional de Memoria Histórica -CNMH- “(...) Es una experiencia que implica varias y simultáneas pérdidas y transformaciones: pérdidas económicas y de bienes, de lugares y de relaciones sociales y afectivas” (GMH, 2013, p. 296). Es posible reconocer, de la mano de diversas investigaciones (Bello, 2004; CNMH, 2015; Castillejo, 2016; Naranjo, 2001), que son múltiples las transformaciones en los vínculos, en las conformaciones y roles familiares, innumerables las pérdidas económicas, como profundas las afectaciones emocionales, así como se hacen manifiestas las rupturas en las relaciones que se entablan con otros sujetos y con los espacios, aquellos que les eran cotidianos y conocidos.

En referencia a este tema, el antropólogo Alejandro Castillejo Cuellar, en su libro *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad*

y el exilio interno en Colombia (2016) manifestó que “(...) el fenómeno del desplazamiento, más que un movimiento de lugar, es una reconfiguración del espacio, definido en función del otro como una representación” (p. 126), refiriéndose a la red de relaciones que se producen en los espacios y las dinámicas y concepciones de lo otro cercano o lejano. Perder aquello que es familiar ubica en el lugar de extraño, de una alteridad que el mismo Castillejo ha denominado como radical, en la medida que los/as desplazados/as se invisibilizan, se les resta subjetividad, se les carga de estereotipos e incluso se les ubica en el lugar del problema (Castillejo, 2016) por parte de la sociedad y del estado, que termina midiendo números, historias, cifras y perdiendo los rostros de quienes están en medio de esta situación.

Del mismo modo, la investigadora Gloria Naranjo (2001) afirmó que en Colombia las poblaciones no fueron desplazadas a razón de su nacionalidad, pertenencia étnica, orientación sexual, afiliación religiosa, estrato socioeconómico u otro elemento en particular, aunque estas pertenencias sí ocasionaron efectos diferenciales como lo profundizaron otras investigaciones. Sin embargo, sí es posible encontrar al menos una generalidad que, si bien, no engloba a todos los sujetos desplazados, sí se trata de la mayoría. Una amplia proporción de las personas desplazadas vivían en territorios rurales y aunque al interior de este grupo hay gran diversidad en edades, etnias, género, adscripciones polí-

ticas, religiosas, entre otras, es posible que el hecho de ser poblaciones rurales sea un elemento que genere unidad y posibilidades de construir relaciones en los lugares de arribo, no por compartir una experiencia común, sino por otros elementos de sus repertorios culturales. De aquí que surjan preguntas por las identidades y estas se vinculen a discusiones sobre los constructos espaciales.

El desplazamiento remite al contexto. Un contexto que tiene que ver con aspectos del territorio, definido a su vez por prácticas, significados y construido a partir de redes de lugares (Vergara F., 2017, p. 24), que igual que la experiencia no se desligan del lenguaje ni de las estructuras de poder. De este modo, es preciso ubicar el Oriente Antioqueño y el Municipio de Rionegro, siendo este último el lugar donde construyen su vida las personas con las que dialoga la investigación después de desplazamientos forzados ocurridos, en la mayoría de los casos, desde municipios de la subregión del Oriente Antioqueño. A su vez, Rionegro forma parte de esta subregión y ocupa un lugar clave en sus dinámicas económicas y políticas.

EL ORIENTE ANTIOQUEÑO EN LAS DINÁMICAS DEL CONFLICTO ARMADO

La historia de la configuración del Oriente Antioqueño ha estado plagada, como en el resto del país, por la desigualdad. Una región conformada por 23 municipios y dividida en 4 zonas: Páramo, Bosques, Embalses y Altiplano, en

donde se evidencian amplias diferencias en aspectos geográficos, económicos y políticos que propician otra forma de clasificación, una que distingue entre el oriente cercano y el oriente lejano, siendo estos adjetivos demarcados por un “centro” construido en torno a Rionegro y Marinilla. Pero más que a una configuración, en investigaciones sobre el territorio, García, (2007), García y Aramburo (2011), y Ospina V, (2012) se apunta a una reconfiguración, pues evidencian cambios presentados alrededor de la década de 1960 donde confluyen procesos económicos como el cambio en la vocación agrícola de una proporción de la región, ampliando las brechas entre una parte industrializada y urbanizada del territorio y otra incomunicada y ajena a esos procesos, la construcción de centrales hidroeléctricas en los municipios de San Rafael, San Carlos, y El Peñol, así como otros proyectos “de desarrollo” que eran leídos por las comunidades como impuestos y ajenos a sus decisiones, dando origen a la creación de movimientos sociales como el Movimiento Cívico²⁴ y a la figura de la Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Ríos Negro y Nare (CORNARE). En

24. Se trató de un movimiento originado desde las comunidades como respuesta a la segregación, la imposición de proyectos, el abandono estatal. Tiene sus primeras expresiones en la zona que ahora se conoce como embalses y en Marinilla, pero se extiende al resto del territorio en la década de 1970. Sin embargo, gran parte de sus militantes son asesinados en los 80 (Ospina V., 2012).

ambos casos se trata de respuestas, por una parte, cívica y por otra institucional, a las formas en que los poderes económicos y estatales construían el territorio.

En otras palabras, mientras la fuerza de la dinámica económica fracturaba el territorio, las fuerzas de la producción discursiva y de la gestión del Estado lo unificaban, al igual que lo hacían –con otros sentidos– los pobladores con sus reivindicaciones y movilizaciones. Esa es la tensión básica que constituye a la región del oriente antioqueño a partir de 1960 y que va a tener incidencia en los procesos político-militares y político-sociales del presente (García & Aramburo, 2011, pp. 46-47).

Este acercamiento a los elementos que configuran y reconfiguran el Oriente antioqueño, son analizados por las autoras García y Aramburo (2011) en relación a los conceptos de lugar y región como equiparables, lo que guarda diferencia con esta investigación, puesto que lo entendemos en escalas del espacio (Vergara F., 2017), donde el Oriente antioqueño es leído como un territorio con distintos poderes y actores que influyen en él, mientras los lugares en nuestro caso, son analizados en escalas más pequeñas. Sin embargo, estas lecturas exponen particularidades que indiscutiblemente tienen todo que ver con las formas en que el conflicto armado se instaló y ha operado allí. En las memorias de habitantes de la subregión y estudiosos del tema, aparecen recurrentemente las situaciones mencionadas (hidroeléctricas, “desarrollo”, desigualdad, indus-

trialización), sumadas a las condiciones físicas del territorio y la presencia de recursos naturales que se convirtieron en una fuente de conflictividad.

Ante la situación de violencia del país y bajo las nombradas coyunturas, el Oriente antioqueño fue un epicentro del conflicto por muchos años, a partir de la presencia y el accionar de todos los actores en conflicto. Desde la década de 1980 ingresaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP) con el frente noveno; luego también ingresarían el frente cuarenta y siete y estructuras urbanas como el frente Jacobo Arenas y Aurelio Rodríguez (UdeA & IPC, 2023); el Ejército de Liberación Nacional (ELN), ingresa en la década de 1990 con el bloque Carlos Alirio Buitrago (PNUD, 2010) y luego tendrían influencia otros frentes. Ambas guerrillas confluían en partes de los territorios y se enfrentaban entre sí y con el ejército, mientras la población civil estaba en medio. Pero este panorama se agudizó con la llegada de estructuras paramilitares a distintos municipios de la subregión a mediados de la década de 1990, alcanzando control en las zonas urbanas de los municipios (PNUD, 2010). Estas estructuras, según se ha documentado a través de versiones libres de exparamilitares en el marco del proceso de justicia y paz, operaron de la mano con la fuerza pública y promovidos incluso por personas de la sociedad civil (VerdadAbierta, 2009) y buscaron no sólo el control militar del territorio, sino también el control político con apoyo a personas y grupos

de los que eran partidarios. Ya en la década de 1990, el Oriente Antioqueño “se convierte en su integralidad en objetivo militar de las guerrillas y de los paramilitares, y a comienzos del nuevo milenio encabeza las estadísticas de muertes violentas y desplazamiento en el país” (García, 2007, p. 142).

Parece evidente que, ante esta diversidad de actores con distintos intereses, el conflicto se tornaba cada vez más agudo y atroz. Lo que no se alcanza a dimensionar son las afectaciones a las personas y al territorio. Masacres, ataques con bombas, siembra de minas antipersonales, abusos sexuales, entre muchos horrores forman parte de las narraciones de poblaciones que estaban en medio de estas confrontaciones. En este proceso, casi la totalidad de municipios como San Carlos, Granada, San Francisco, San Luis, Cocorná, Argelia, Sonsón y Nariño vieron a sus poblaciones marcharse desplazadas hasta diferentes zonas del departamento y el país, siendo el municipio de Rionegro uno de los lugares donde se dio un importante asentamiento.

Frente a esta crisis que desbordaba las capacidades del estado, distintas organizaciones buscaron mecanismos de respuesta. Entre ellas, la iglesia católica se convirtió en un referente para las comunidades, desarrolló diferentes procesos y constituyó organizaciones como la Corporación Vida, Justicia y Paz y el Programa de desarrollo para la paz (Prodepaz), que aún hoy tienen acciones en el territorio. La iglesia asumió el rol de

reunir distintos actores e intervenir en favor de las comunidades y se nutrió de la experiencia de la subregión del Magdalena medio liderada por el sacerdote jesuita Francisco de Roux para promover un laboratorio de paz en la subregión (L. Calle, comunicación personal, 22 de marzo de 2023). Algunos actores políticos, la sociedad civil, organizaciones no gubernamentales, el sector cooperativo y la cooperación internacional aportaron a generar estrategias para atender la situación y reconstruir este territorio. Se resaltan la conformación de la Asociación de Mujeres del Oriente (AMOR) que lideró iniciativas como las Promotoras de vida y salud mental (PROVISAME) con Conciudadanía; el desarrollo del segundo laboratorio de paz, proceso que tuvo varias líneas de intervención con financiación de la Unión Europea (Ospina V., 2012), entre muchas otras.

Es en estas dinámicas que nace la organización ASODER, que en principio recibe apoyo de Organizaciones no Gubernamentales como Conciudadanía y Prodepaz para su conformación, según nos narró Martha Castaño, su fundadora (M. Castaño, comunicación personal, 15 de septiembre de 2022). Lo que nos habla no sólo del conflicto, sino de las capacidades de organización y del movimiento social en la región, temas que se vinculan con las formas en que las personas desplazadas que residen en Rionegro configuran sus identidades y sus perspectivas del territorio y los lugares. Los acercamientos al Oriente antioqueño permiten enton-

ces situar el territorio en sus procesos de configuración y gestión, donde diferentes actores tienen presencia y actúan según sus poderes, intencionalidades y comprensiones del espacio. A continuación, pretendemos bajarlo a la escala del municipio de Rionegro.

RIONEGRO: TERRITORIO DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Este territorio está construido y constituido por actores diversos que interactúan en un espacio geográfico y administrativamente delimitado, pero en el que las formas de habitar son múltiples. Para comprender este concepto, Francisco Ther, nos diría que:

El territorio es espacio construido por y en el tiempo. De esta manera, cualquier espacio habitado por el hombre es producto del tiempo de la naturaleza, del tiempo de los humanos, de las distintas formas de organización, y de la concepción cosmogónica del tiempo. Es decir, en lo fundamental, el territorio viene a ser producto del conjunto de relaciones que a diario el hombre entretendió entre todos los suyos con la naturaleza y con los otros. (2012, p. 4)

Ahora bien, en esta cita el autor manifiesta que se trata de una construcción que se enmarca en unas lógicas temporales y que está inserto en relaciones sociales y con la naturaleza, de ahí que implica una confluencia de actores. Sin embargo, aunque el autor no lo menciona, vale la pena destacar que esa confluencia manifiesta unas dinámicas de interacción que no necesariamente se dan en un nivel de

acuerdo, sino que en muchas oportunidades se produce en medio de múltiples tensiones y conflictos.

En línea con los estudios en relación con los conflictos por el territorio, el antropólogo Arturo Escobar ha aportado elementos muy interesantes que indagan en formas que podríamos llamar disparas o desiguales en que los territorios son pensados y vividos, según sean los sujetos o las estructuras que se relacionan con él. Así, Escobar (2015) plantea que las luchas por el territorio se dan en lógicas ontológicas o formas de comprensión del existir, que para el caso de la “modernidad” se trata de una “ontología dualista” (2015, p. 29) que parte de concepciones del mundo a través de dicotomías como naturaleza y cultura y unas relaciones enmarcadas en la explotación, la mercantilización y las búsquedas de unificación de las formas de vida. Estas concepciones entran en disputa con otras ontologías como las relacionales que, en sus palabras, “(...) puede definirse como aquella en que *nada* (ni los humanos ni los no humanos) *preexiste a las relaciones que nos constituyen*. Todos existimos porque existe todo” (Escobar, 2015, p. 29).

Como podrá observarse, se trata de formas disímiles de entender el territorio y que en esta medida produce tensiones entre significados mercantilizados de apropiación y otros que se posicionan en relaciones de interdependencia. Si bien estas ontologías expuestas por Escobar se presentan donde existe una fuerte relación entre comunidades étnicas con sus territorios y al tiempo se expresan conflictos por procesos extractivistas,

valdría la pena preguntarnos qué ontologías están presentes en las relaciones que los habitantes establecemos con Rionegro como territorio y cómo esto interactúa con los procesos diferenciales que construyen las personas que atravesaron por un desplazamiento forzado que los llevó hasta allí.

Para pensar estas relaciones partimos del supuesto que, las personas desplazadas, al arribar a Rionegro, ingresan en procesos de interacción con este espacio, que podríamos leer en torno a lo que Escobar ha llamado ontologías, que pueden llegar a ser contradictorias, pero son también desiguales, dado que se producen bajo condiciones en las que aquello a lo que se pertenece y las cosas que les pertenecían, no son ya las mismas. Ambas cosas se ponen en tensión ante los desplazamientos, de donde aparece el interés por analizar cómo ante estas tensiones también surgen estrategias de apropiación del espacio y de reconfiguraciones identitarias.

En los discursos institucionales y empresariales Rionegro es un municipio próspero y desarrollado, haciendo alusión a su crecimiento económico y de infraestructura. Constantemente se recurre a resaltar las bondades de la vida en este municipio y sus características por medio de adjetivos relacionados con la modernización, la seguridad y el acceso a bienes y servicios. Basta ver la expansión de los proyectos de vivienda en el territorio y los modos en que estos se ofertan, o acudir a las páginas oficiales de la administración municipal para

reconocer los mencionados discursos. Hechos como la construcción del Túnel de Oriente, el asentamiento de empresas, la presencia de diversas instituciones de salud, educación, financieras, los desarrollos viales, forman parte de los atributos que se resaltan, sumado a que Rionegro en 2017 entró a formar parte del programa del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) de Ciudades Emergentes Sostenibles junto con otras 15 del país que tienen entre 100 000 y 2 000 000 de habitantes y con crecimiento demográfico y económico por encima de la media (BID, 2023).

Este posicionamiento de Rionegro, además se complementa con las dinámicas de crecimiento económico de otros municipios de la subregión, como lo refleja un estudio realizado por la Cámara de Comercio para el Oriente Antioqueño, tomando como temporalidad de medición desde 2009 hasta 2020, que resalta un crecimiento del 174 % a nivel del producto interno bruto de la subregión, cifras superiores al promedio nacional en la tasa de participación en el mercado laboral y crecimiento en la constitución legal de nuevas empresas (CCOA, 2022). Pese a esto, cabe pensar cuál es el desarrollo que se propone y si este es entendido de la misma forma por los diferentes grupos de personas que habitan este territorio, pues si retomamos la definición de Lins Ribeiro, el desarrollo se trata de la “expansión económica adorándose a sí misma” (2007, p. 175), lo cual se parece a las justificaciones y las formas de entendimiento expresadas,

que no obedecen sólo a los enfoques de los últimos años, sino que se insertan en procesos de más larga data.

Distintas personas del municipio han coincidido en evidenciar que a la par que llega el desarrollo, también ocurren fenómenos como la gentrificación que opera como una forma de expulsión, denominada por ellos/as como “desplazamiento”, pero que ahora se focaliza en las personas que no tienen la capacidad económica para hacer frente a los costos de vida que significa habitar este municipio, mostrando posiciones que aunque no son del todo contrarias a las perspectivas de desarrollo antes mencionadas, sí reconocen otras caras de la situación que genera afectaciones sobre unas poblaciones específicas.

Con referencia a este tema, uno de los interlocutores decía “hoy hay un desplazamiento ya desde lo económico que lo llamamos gentrificación y que ha hecho que mucho nativo de Rionegro se tenga que desplazar a pueblos cercanos porque el costo de vida acá ya no es sostenible para muchas familias” (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero de 2023). Sin embargo, consideramos que los procesos políticos y económicos que afectan a aquellos que se denominan nativos tienen también incidencia en las vidas de las personas desplazadas y esto nos conecta con las distinciones que demarcan diferencias entre unos y otros. Nativos y desplazados, figuran como dos categorías que parecen hablarnos de una relación diferente con el territorio y respecto a los derechos sobre este.

TERRITORIO DE ARRIBO

En Rionegro no se presentaron situaciones de desplazamiento tan complejas como las que observábamos en sus vecinos, pero sí estuvo inmerso en dinámicas de control territorial y homicidios, con una presencia más demarcada por el paramilitarismo. Como contábamos anteriormente, en la década de 1990 el paramilitarismo alcanzó todo el Oriente antioqueño y este municipio no fue la excepción. La llegada de las personas desplazadas al territorio también estuvo atravesada, en muchos casos, por estas lógicas de violencia que les alcanzaban en los espacios que ahora ocupaban. Sin embargo, no solo se trató de las violencias armadas, sino que también se expresaron conflictos que involucraban representaciones diversas sobre lo que significaba su llegada, formas de ver la situación desde la institucionalidad, pero también por parte de los habitantes que experimentaron tensión ante la llegada de otros, que desde su percepción ponían en riesgo su acceso a derechos, conllevando a una sensación de competencia y de rechazo, que podría limitar la empatía.

Ya Castillejo (2016) había dicho respecto al tema, que las comunidades receptoras se veían afectadas por la llegada de las personas desplazadas y percibían la situación como una invasión de su territorio. Al respecto afirmaba que “[e]sta “invasión”, como aquel otro “rechazo”, es la primera cristalización, en una dinámica de mutua constitución, de

las transformaciones del espacio entendido en función del otro como representación” (p. 176). Para el caso de lo observado en Rionegro, si bien el rechazo no es ni permanente ni unívoco, manifiesta una de las formas en que son vistas las personas desplazadas, ubicándoles en un escenario de marginación, que se complementa con el hecho de que realmente no se da un verdadero acceso a derechos, ante una situación que, como ya decíamos, desbordaba a la institucionalidad e implicó a las personas desplazadas y demás víctimas del conflicto ejercicios de reclamo constante frente a las gestiones que resultan insuficientes para dar alcance a sus necesidades y generar una reparación, pues si bien, hay avances en este proceso, no son completos ni suficientes.

En este sentido, desde su experiencia en movimientos sociales y como concejal de Rionegro, Diego Macia manifiesta: “yo el rechazo directo no lo he visto, he visto es más la omisión que es un rechazo, pero soterrado, pero se celebra el día de las víctimas, pero solo no pasa de una celebración y de cosas, como digo, muy incipientes” (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero de 2023). Invisibilidad y omisión figuran como dos formas de desconocimiento del otro y sus derechos que operan en Rionegro, posiblemente vinculadas con las formas de otrorización que desconocen las causas y consecuencias profundas del conflicto hacia la vida de estos sujetos. Expresiones como que dentro del grupo de desplazados “hay oportu-

nistas, yo conozco mínimo tres familias que son oportunistas (...) personas que se hicieron las víctimas” (C. Osorio, comunicación, 11 de marzo de 2023) complementan este panorama presentando una visión negativa construida en relación con una parte de las personas desplazadas, que luego podría poner en tela de juicio la historia de otras que se veían también como sospechosas de mentir. Esto no significa que no sea cierto que algunas personas se hayan presentado como desplazadas sin serlo, pero a su vez tiene implicaciones que impactan más ampliamente al grupo de quienes sí lo fueron.

Camila Castañeda, una mujer residente en el área urbana de Rionegro, plantea relaciones con la idiosincrasia de los rionegreros y estas situaciones de exclusión, ubicando su análisis a partir del tradicionalismo:

Yo veo a las personas de Rionegro a veces y me siento como en un municipio todavía muy tradicionalista, o sea con unas costumbres muy arraigadas y con mucha dificultad para cambiar y para vivir la diferencia de una manera más amplia. Yo creo que, a pesar de que Rionegro ha sido tan receptor de tantas personas no ha estado preparado como, políticamente si se puede decir, o los gobernantes yo no sé, no he visto como un impulso que nos ayude como a ser más inclusivos. (C. Castañeda C, comunicación personal, 11 de marzo de 2023)

Estas lecturas permiten también introducir comprensiones sobre el territorio y sobre sus gentes que entran en diálogo con los “otros extraños” y también se

miran hacia adentro, planteando una interrelación con respecto a la copresencia y cómo esta se vivencia y se gestiona.

Lo dicho contrasta con formas de interacción y de recuerdo que implican el despliegue de solidaridades y reconocimiento de los actos violentos por los que pasaron. Son visibles las anécdotas de habitantes que registran casos cercanos en torno a realidades de conocidos que padecieron asesinatos, despojos y desplazamientos, así como los apoyos que en su momento se generaron ante esta situación. También son múltiples las historias que aparecen en el discurso de los interlocutores sobre al menos alguien conocido, amigo o cercano que pasó por experiencias de desplazamiento, que manifiestan lo desproporcionado de la situación, también lo cercano y cotidiano que puede llegar a ser en este contexto. Del mismo modo, muestran a Rionegro como un lugar de destino que era percibido como seguro, un lugar donde se podría estar a salvo.

Ahora bien, cuando se indaga por los imaginarios y conocimientos sobre los espacios de arribo y residencia de las personas desplazadas, surgen asociaciones con lugares como coliseos, la autopista, la plaza de mercado y con calificativos como zonas periféricas, subnormales, con problemas de saneamiento básico e inseguras, como lo refleja el siguiente comentario: “si podemos darnos cuenta y vemos algo en común, decimos que son partes como periféricas y que entonces también están asociadas, lógicamente, al día de hoy con proble-

mas de violencia” (W. Mesa, comunicación personal, 11 de marzo de 2023). No aparecen alusiones a barrios y veredas de clase media y alta donde, pese a que también residen muchas personas desplazadas, no se les asocia con su presencia, lo que manifiesta diferencias en la construcción del territorio entre las personas que arribaron con algunos capitales económicos y quienes no los tenían.

Finalmente, ante la pregunta por lo que significa ser Rionegrero o quiénes pueden llamarse de este modo, los interlocutores que se autodenominaron como nativos mostraron un giro en su discurso al plantear que no sólo se trata de haber nacido allí, sino que está asociado con otros aspectos como el tiempo de residencia que, en todos los casos, es variable desde sus perspectivas, oscilando entre 10 y 3 años. El tiempo entonces, como noción creada por los humanos (Castro, 2002) no da cuenta de algo uniforme u homogéneo, sino que puede tener representaciones múltiples según las sociedades, lo que deviene en una interpretación de este y construcción de temporalidades que se negocian entre los grupos (Beriain, 1997). En este sentido, si bien el tiempo es una medida en relación con el territorio, no representa por sí solo un vínculo, sino que requiere de otros elementos, que en las perspectivas de los interlocutores son el sentirse parte, participar en distintos ámbitos y cuidarlo. Pareciera entonces que hay una aceptación de los otros que tienen relaciones positivas con el espacio; sin embargo, esto parece operar en el ideal,

pero se demarcan unos límites que siguen manifestando diferencias entre ser nativo como una relación de mayor arraigo y ser una persona que se incorpora luego.

EL SISTEMA DE LUGARES Y SUS RITMOS - LO EMPLAZADO

El emplazamiento y el sistema de lugares son dos formas de entender los vínculos entre la identidad y el espacio que se complementan. En principio, el emplazamiento busca reconocer los modos en que las personas reconstruyen sus lugares y sus territorios, asignándoles sentidos y significaciones que enlazan distintos tiempos, construyendo una especie de cronotopo (Bajtín, 1989). Es decir, una disposición espacial que se conjuga con una temporalidad específica y da como resultado formas de relacionarse con los otros y con el contexto. Son entonces formas de construir habitares que modifican las percepciones y el uso del tiempo.

El emplazamiento nos permite analizar cómo son vividos los cambios desde los espacios de procedencia, es decir, los territorios, veredas, casas y lugares donde desarrollaban sus vidas, hasta los que actualmente ocupan, con las nuevas dinámicas que de ello se desprenden y las reconstrucciones físicas y simbólicas que allí se producen. Comúnmente se ha partido de referentes como el desarraigo (Valderrama A., 2019; Naranjo, 2001; Castillejo, 2016) y la desterritorialización (Cruz C., Quevedo A., & Pinzón

T., 2019) para dar cuenta de estos procesos, y no es que no consideremos estas dimensiones, sino más bien que nos interesa reconocer también las formas de adaptación y apropiación, que precisamente dialogan con las pérdidas o reconstrucciones de los vínculos con los territorios de origen, pero que toman en cuenta los procesos que se dan en los lugares de llegada o acogida.

En lógica con lo anterior, el emplazamiento puede ser entendido como un proceso no lineal, que oscila entre añoranzas y recuerdos, pero luego se ubican en el nuevo espacio para apropiarlo de simbologías y de luchas, manifestando a su vez construcciones de futuro. Estos movimientos entre la memoria y la imaginación se elaboran mutuamente (Vergara F., 2009) y fundamentan entendimientos temporales que se constituyen en bases para las configuraciones identitarias.

Finalmente, para el análisis de los emplazamientos, acudimos a pensar en lo que denominamos “sistema de lugares”. El sistema remite a la idea de elementos que están interconectados y que en este sentido guardan relaciones entre sí. También tiene que ver con una escala más pequeña que la del territorio, en donde se dan los intercambios sociales. Partimos entonces de comprender que “(...) *el lugar*, es para la mayoría de la humanidad, la forma más común y sentida de modular y vivir el *espacio* que permite fundar y habitar territorios como redes de *lugares*” (Vergara F, 2013, p. 14). Esto nos sirve de fun-

damento para plantear vínculos entre lugares físicos y simbólicos, que configuran un sistema en el que todos se relacionan y aportan a la construcción del territorio y el espacio. En este sentido, entendemos que lugares habitados como el cuerpo o la casa, no sólo portan las formas del espacio físico en cuanto tal, sino que son reconstruidos en un sistema que transita hacia las memorias, los recuerdos y las esperanzas. Estos lugares son diversos, cada uno cargado con las trayectorias personales.

Al tiempo, los lugares reclamados tienen que ver con necesidades que emergen en las dinámicas de los sitios que ahora ocupan y en las circunstancias en que viven las personas desplazadas, partiendo de que han atravesado por hechos de violencia que generaron pérdidas de lugares, personas, relaciones, a partir de las cuales ahora se reclaman sitios en los que se pueda rememorar, sembrar o vivir (espacios de memoria, de participación, la tierra, la casa). Así, el diálogo que establecemos con nuestro interlocutores busca reconstruir las dimensiones físicas y simbólicas de ese sistema, como se podrá observar en los siguientes apartados.

LOS LUGARES DE LAS MEMORIAS

Ir a la casa de Flor es encontrarse siempre con alguna sorpresa, algo para recordar, para atesorar, un buen momento, una comida o una conversación. En Rio Negro, Flor tiene una casa pequeña, que consiguió con ayuda del estado tiempo

atrás. Hace poco vendió una parte para tener dinero con qué empezar a recuperar su finca de Cocorná. Ahora, la casa consta de un espacio a la entrada donde tiene una vitrina con productos de belleza, en ese primer espacio también almacena las plantas que vende y que trae de la finca para ir completando los pedidos que le hacen. Luego está un baño, un espacio en el que se comparte la cocina y una especie de habitación donde tiene una cama en la que solemos sentarnos quienes vamos a hacer visita y, finalmente, un balcón donde se ubican sus plantas, principalmente flores. La casa huele a aromáticas: a sidrón, pronto alivio, a pétalos de rosa. Pero Flor también habita otros espacios, como el terreno de El Carmen en el que cultiva, las casas de sus familiares y la finca de Cocorná, que nuevamente está intentando apropiarse.

En esta oportunidad, mientras nos tomábamos un café y entre las conversaciones de los recuerdos, Flor nos compartió su álbum de fotos. Más que de un álbum se trataba de una bolsa con las imágenes que llevó consigo, junto con sus joyas de oro, en el desplazamiento. Las joyas las fue empeñando una a una para sobrevivir, pero las fotos, que para otros pueden carecer de valor, para ella son verdaderos tesoros, y no iba a dejarlas allá perdiendo así sus recuerdos. La mayoría de las imágenes reflejan momentos cotidianos de su pasado, fotos de la casa donde vivían, de las montañas, de la familia en diferentes momentos, de la construcción de la vía y la escuela de su comunidad; cosas estas que les

enorgullecían y les hacían felices, o, al menos eso muestran las narraciones que acompañaban este momento, así como la expresión de su rostro.

Sin embargo, dentro de esa bolsa hubo dos imágenes que consideré especiales. La primera de ellas, un poster utilizado para invitar a un espacio conmemorativo, y la segunda, una foto de una niña disfrazada de coneja, en cuyo reverso se podía leer una carta. Vamos a analizar ambas fotos procurando pensarlas en relación con los significados que tienen, para construir eso que llamamos “la memoria” y que en los discursos de la institucionalidad y de las víctimas del conflicto, aparece de manera recurrente. Pero ¿de qué memoria hablamos en este caso? o ¿cuál es su importancia para comprender las relaciones con el espacio? intentaremos desarrollarlo a continuación.

En principio, es posible reconocer que más allá de remitir a las funciones cognitivas que se despliegan cuando los sujetos recuerdan u olvidan, en este caso el énfasis se pone en un proceso colectivo, en el que las memorias individuales; es decir, eso que compone sus recuerdos, se conjugan para producir un relato común, en relación con experiencias de vida en las que diferentes formas de violencia irrumpieron. Esto permite que se resalten unas cosas sobre otras, que aparezcan recuerdos y olvidos, y que lo que se considera como la memoria, entre en relación con el momento histórico en que se produce, con quiénes la crean, así como con discursos autorizados o no autorizados que entran en disputas.

Partiendo de estas ideas, podemos analizar la primera imagen que mencionaba. Ella muestra una escena que busca reproducir la presencia de actores gubernamentales, de la fuerza pública, representada en aviones y helicópteros que atacan a las comunidades de manera indiscriminada, desde el aire, en una acción que se supone tendría el objetivo de retomar el control de los territorios ocupados por otros grupos en conflicto, como es el caso de las guerrillas, pero que termina por afectar directamente a campesinos en medio de fuegos cruzados.

La imagen se acompaña de las oraciones: “¡Lo que no se puede olvidar!... ¡Lo que no se puede volver a repetir!”, que funcionan bajo la premisa de que aquello que no se recuerda o, más que esto, lo que no se evidencia, ni se nombra, sucederá de nuevo. Parece una respuesta ante las preguntas del por qué volver sobre historias de dolor y muerte cuando pueden revivir hechos traumáticos; por qué rememorar los lugares, los hechos, identificar los actores; por qué contarles a las nuevas generaciones aquello que ocurrió, desde una perspectiva que resalte las visiones de las víctimas. Podríamos pensar que se trata, entre otras cosas, de una lucha contra el olvido. Diría Le Goff que:

Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las mayores preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva. (1991, p. 134)

Desde este punto de vista, se exalta el papel de estructuras que tienen el poder de controlar aquello que permanece y lo que se borra del recuerdo colectivo, es decir, de construir versiones oficiales de la Historia. Pese a esto, plantearía Foucault que no hay poder que opere sin una resistencia (2007), lo que, en este caso manifiesta que, pese a la existencia de memorias y verdades oficiales, otras memorias surgen a la par. Pueden tener menos poder, pero, al fin y al cabo, producen narraciones contrastantes, unas a las que es posible que no acceda la mayoría de la población o que se tarden en hacerlo, pero siguen allí esperando el momento para ser contadas. Ahora bien, ¿de qué hablan esas memorias?, ¿cómo acceder a ellas? y ¿qué relación guardan con el tiempo, el espacio y las identidades?

Vamos a la segunda imagen para intentar responder a estas preguntas. Ya habíamos dicho que esta carta se encontraba en el reverso de una fotografía en una bolsa con fotos que recreaban un pasado feliz y cotidiano, uno que contrasta con las memorias violentas que veíamos anteriormente. Si lo pensamos, esa selección de fotos funciona de manera similar a las formas en que opera la memoria, es decir, hay allí un proceso que recorta la realidad y guarda una parte de ella o recupera solo una proporción de lo almacenado según aquello que tenga más fuerza en el recuerdo. Podríamos pensar que eso que se recupera, recurre a lo que Halbwachs (1994) llama “marcos de referencia” o esquemas que ordenan

y seleccionan recuerdos, producidos en relación con los otros. Para este autor, la memoria no es individual, sino que se vincula con los contextos sociales y culturales. Según esto, para volver sobre un recuerdo, el cerebro no se devuelve en el tiempo de manera cronológica, más bien establece asociaciones con otros sucesos o momentos en los que participen de alguna manera otras personas. Además de esto, esas memorias se vinculan con emotividades que activan o disminuyen los recuerdos.

Si regresamos a la foto y a las narrativas de Flor y su familia, encontramos relaciones con momentos, personas y lugares del pasado, que, en este caso, remiten a un tiempo mejor. Se establecen vínculos entre esas memorias y el tiempo, que conllevan a pensar en movimientos pendulares entre el pasado, el presente y el futuro:

¡Hola Mami! La saludo cariñosamente deseando que esté bien de salud. Mami la extraño mucho, a usted y a todos mis tíos y tías, quisiera verlos muy pronto, por acá todo es muy diferente, la vida no es lo mismo que en el campo, aunque yo estoy muy amañada, a veces me pongo a llorar pensando en todo lo que dejé por allá. Le cuento que gracias a Dios no nos falta nada, el negocio nos da para todo, aunque los arriendos se nos están comiendo. Bueno no tengo papel para escribirle más. ¡chao! La quiero mucho²⁵.

25. Texto transcrito del reverso de una fotografía familiar. Se desconoce la fecha y autor de la fotografía.

La carta empieza en el presente, luego se remite al deseo de ver a sus familiares, evento que podría pertenecer a un futuro subjuntivo, para moverse hacia los recuerdos de la vida en el campo y su comparación con lo que ahora le acontece, es decir, nuevamente un presente. Se lee la carga afectiva que traen la carta y sus memorias, que habla a su vez de formas de vida que transcurrían en un lugar, lo que en palabras de Candau (2002), es denominado topofilia, para referirse a la propensión de la memoria a ubicarse en un espacio ideal.

Ahora bien, estas memorias parecen actualizarse a modo de ritual. Se resaltan en las conmemoraciones, se guardan en bolsitas, en cajones, salen a la luz en momentos especiales, pero también en los cotidianos, operando como una especie de abstracción del presente o, en palabras de Eliade (1955), del tiempo profano. En este sentido, cuando Flor abre la bolsa de fotos y todos ingresamos en el tiempo de la memoria, el tiempo real se detiene y subyace el tiempo ritual, es decir, el tiempo del origen, en el que todo estaba unido, en el que un cosmos social se construyó desde lo comunitario, antes de que la condición de humanos manifiesta en un conflicto armado apareciera para destruir la magia de ese tiempo.

Efectivamente, hay una ritualidad en el gesto de abrir la bolsa, como un resurgir de la palabra hablada por los desaparecidos, por los asesinados, quienes, en este momento, a manera del ritual, recuperan su agencia, interactúan

otra vez con quienes hacen memoria, se plantean de nuevo sus ideas que parecen olvidadas. Del mismo modo que Flor y su familia, otros interlocutores lo hacen, como Carmenza quien tiene en su casa una agenda con fotografías y memorias de sus familiares asesinados y sus vivencias; también Jacinto conserva la foto de su hija asesinada y la recuerda como si apenas hubiera pasado. Estas fotos entonces cumplen el papel del texto que reactualiza unos tiempos y espacios míticos, pero que también restablece el reconocimiento de la humanidad de quienes miramos, porque solo reconociendo las violencias que destruyeron esa realidad y ese tiempo, reactualizamos nuestra conciencia humana y frágil.

Vemos entonces que los tiempos de la memoria y el ritual se conjugan para producir cambios en el presente, introducir elementos del pasado e idear un futuro más prometedor. Tal vez por esto, el grupo de víctimas sigue pidiendo y apropiando, también con cierta ritualidad, un lugar para sus memorias; por eso la memoria no es solo un recuerdo, sino un herramienta de la resistencia. Esto nos lleva a reconocer que las defensas de los lugares y los territorios son también expresiones de bio-resistencias (Valenzuela Arce, 2019, p. 93), que en las teorías propuestas por Valenzuela Arce son formas de vivir y significar los cuerpos en franca resistencia a las imposiciones de las biopolíticas. Las resistencias no son entonces solamente las acciones de demanda directa ante el estado u otros actores responsables, sino

que también tocan la vida diaria, como cuando se resiste al olvido.

LA CASA EN EL SISTEMA DE LUGARES

Volviendo con Flor, la casa es tanto esa pequeña que describíamos de Rionegro, como aquella de Cocorná²⁶, que se encuentra destruida, y la que sueña con construir. Pero es que la que tiene en Rionegro a su vez es un lugar que se ha habitado por sus saberes, las formas de cocinar, los cuadros que reflejan la casa anterior, las plantas que aprendió a sembrar, los cafés y los caldos para comer, todo esto envuelto de las memorias del pasado que se actualizan día a día. Así, el rehabetar los lugares, puede ser entendido en las lógicas del palimpsesto (Vergara F, 2018), en el sentido que esos espacios que fueron sometidos a una borradura por el conflicto, producen “reescrituras” o lo que sería similar, nuevas construcciones sobre lo destruido, que a veces son en los mismos lugares, como pretende hacer Flor en Cocorná, pero otras veces, en otros lugares, aquellos donde es posible, como nos lo decía Alicia, una de las interlocutoras, al referirse a las huertas que apropia, según le sea permitido.

Mire la experiencia mía aquí en Rionegro: un tiempo estuve en esta huerta, ahorita pues otra gente quiso intervenir en ella sin decirme ‘váyase’, yo me salí, y a los dos días me re-

sultó otra más grande y más pudiente, donde tengo mis aromáticas, donde tengo mis limones, donde saco unos zucchinis así que queda uno es asustado y ese amor sigue impregnado a donde quiera que uno vaya, siempre y cuando le den las oportunidades a uno. (A. Loaiza, comunicación personal, octubre 14 de 2023)

Las casas a su vez poseen lugares donde se simbolizan las pertenencias, sitios que transmiten información sobre lo que somos y sentimos. Uno de ellos es el balcón. En aquellas casas que lo tienen, se convierte en el espacio privilegiado para la siembra de plantas; pareciera ser un pequeño rincón donde es posible el desarrollo de la vida. También lo es para permitir el ingreso de aire y para secar las ropas. Para las comunidades campesinas es importante disponer de un espacio que cumpla con este objetivo. Los amplios espacios de los que se dispone en lo rural para estas funciones se reducen a unos cuantos metros que son aprovechados mientras así se los permitan, porque como nos decía Juanita, “esto está prohibido”, aun así, ella siembra en el balcón, porque además esconde un poco la imagen de la ropa extendida que tampoco está permitida.

Pero todas las casas no son vividas ni sentidas del mismo modo. Las hay que son hogar, es decir, constituyen un lugar con los sentidos del refugio. Por ejemplo, dos de las casas que visitamos son sentidas de este modo pues remiten a la tranquilidad, al estar en un lugar que se siente como seguro y propio:

26. Municipio localizado en el Departamento de Antioquia, Colombia.

Y entonces mi casa, yo no tengo lujos madre, porque yo ahorita no puedo meter ni muebles ni nada, pero sí vivo bien, tengo donde meter la cabeza, tengo donde dormir bien, si me enfermo pues estoy bien, a los muchachos nadie me los jode aquí, nadie me los está echando, si tenemos *aguapanelita*, tomamos (J. Martínez, comunicación personal, septiembre 14 de 2023).

Como ella, Carmenza, otra interlocutora que también vive en una casa propia, encuentra que es el lugar donde llegar, su lugar, donde puede tener tranquilidad y paz, sobre todo su habitación.

Sin embargo, muchos carecen de una casa propia. Jacinto, por ejemplo, pese a tantos años viviendo y trabajando en Rionegro, no lo ha logrado, porque como diría él, no tiene al menos 10 millones en el banco para poder postularse a los subsidios. Otras como Alicia, expresan también la falta de esa casa, que se conecta con las visiones de la casa que tuvo y perdió y que se repite en imágenes elaboradas en talleres, otros espacios de conversación, en fin, cada que sea posible. A veces tienen color, a veces es más grande o pequeña, pero siempre muestra la casa, los animales y la familia alrededor, como una forma de decir que la casa es también todo eso, lo que reafirma que no se trata sólo de lo físico, sino todos los referentes de sentido que se relacionan con ella. La casa habitada también puede ser entendida como un lugar desconocido o como una especie de jaula, un espacio que, aunque se intente no se conecta con las imágenes que se guardan del pasado, entonces es

necesario salir a buscar la construcción de otros espacios donde existir.

LOS LUGARES RECLAMADOS

El análisis del emplazamiento pareciera ubicarnos en una dinámica de construcciones individuales; pero lejos de esto, los emplazamientos están conectados con el territorio y con los otros de allí que, aunque se materialicen en lugares, significados, prácticas y emocionalidades personales, se refuerzan o desvirtúan en los vínculos y en las necesidades y reclamaciones comunes. En este escenario, adquieren relevancia las reclamaciones del grupo por lugares para el encuentro y las reuniones, para prácticas como la siembra, así como para las memorias, que luego devienen en apropiaciones de espacios prestados para mantenerse unidos o en actividad asociativa. Mes a mes durante 19 años han gestionado lugares donde reunirse. En otros momentos, la organización desarrolló proyectos productivos, todos ellos en sitios prestados; se reúnen cada año en Navidad en el sitio en que les permitan hacerlo y han reclamado ante el estado un salón para la memoria, espacio que parece haber sido otorgado por el municipio, pero que no deja de ser un lugar institucional manejado bajo lógicas que no necesariamente coinciden con las necesidades de las víctimas.

En las reuniones de la organización se actualizan conversaciones en las que manifiestan la necesidad y el deseo del lugar propio, tanto haciendo alusión al

lugar común como a la casa y la huerta: “si nos dieran una finquita podríamos sembrar” o “es que si nos dieran un salón podríamos tener las cosas” (C. Ramírez, comunicación personal, marzo 09 de 2024) son oraciones que se repiten. Esto se convierte en un motor de esperanza o desesperanza según sea el caso de quién lo está enunciando, su tiempo en la organización y tal vez su nivel de desgaste con proyectos anteriores. Un ejemplo constituye la enunciación de una de las asociadas cuando dice: “yo digo que desde el principio debiéramos de haber buscado un terreno, para hacer la caseta de ASODER, hace mucho tiempo (...), es que uno no necesita un lujo, ya uno lo va construyendo” (R. Muñoz, comunicación personal, 10 de febrero de 2024).

Como una opción de resolución ante la falta de lugares propios para sus prácticas organizativas, surge la idea de recurrir a presupuestos personales para lograrlo. Al respecto dicen: “nos va a tocar es que todos hagamos unos fondos personales, porque de resto no. Nosotros no estamos económicamente bien, pero sí estamos ya radicados acá en el municipio” (C. García, comunicación personal, 10 de febrero de 2024) lo que expresa una apropiación y reconocimiento de Rionegro como territorio en el que se desarrollan sus vidas. Pero, la realidad de sus situaciones emerge inmediatamente. “El problema es el costo”, responde otra persona y se le suma el argumento de la necesidad de resolver primero los asuntos de supervivencia, ante lo cual, otras necesida-

des pueden parecer secundarias, aunque por lo configurativo de sus relaciones y prácticas, el lugar propio es también esencial y por eso, tantos años después no desaparece la lucha.

Ahora bien, el reconocerse parte del territorio plantea la posibilidad de mantener gestiones ante instituciones locales o buscar alguna alianza con agentes políticos que puedan apoyar el reclamo en sus necesidades y derechos, por esto, otra de las vías que surge es continuar tocando sus puertas, con la persistencia que requieren estas reclamaciones y las molestias que genera en quién es objeto de estas. Estas personas buscan un lugar en donde puedan estar, donde se les reconozca en su integridad, incluso donde se les repare y en estas búsquedas configuran una relación con el territorio.

CONCLUSIONES

Aunque en Colombia se han producido diversas investigaciones relacionadas con el fenómeno del desplazamiento forzado, siguen siendo actuales y necesarias las indagaciones vinculadas con los procesos de apropiación territorial y social que se han derivado con posterioridad. Esta investigación, que se enfoca en los procesos de agenciamiento, reconfiguración y dialógicos con nuevos espacios y sus agentes, es un aporte para que otros investigadores e investigadoras engrosen sus marcos teóricos y hagan nuevos aportes a fenómenos tan complejos y de gran vigencia en el marco de la antropología colombiana y lati-

noamericana. En esta medida, las contribuciones metodológicas se enfocan en los análisis micro escalares del espacio, lo que ha permitido evidenciar prácticas sociales en relación con la vida social de los objetos y de los espacios, cargados estos de afectos y emotividades asociadas con los procesos de destierro y con las reconstrucciones del sentido de los nuevos lugares. El análisis del espacio se vincula entonces con el análisis del tiempo, es decir, se producen ejercicios de ida y vuelta, pendulares, entre el pasado, el presente y el futuro, la añoranza y la esperanza, temporalidades que coexisten en la medida que se reconstruyen con los espacios y dialogan con sensibilidades adoptadas por los sujetos que transitan por otras territorialidades.

En otro sentido, el acercamiento desde las dinámicas de emplazamiento propuesto en este artículo ofrece elementos desde lo teórico y lo metodológico que facilitan las observaciones de dinámicas y prácticas que se espacializan y temporalizan, en tanto se refieren a la confluencia de aspectos simbólicos y políticos a los que recurren los sujetos en las formas del habitar e imaginar el territorio y los lugares. Un ejemplo se presenta con las casas, donde es posible acceder a un universo de simbolismos y prácticas que en sí mismas aportan elementos sobre el proceso de apropiarse de los espacios y dotarlos de sentidos.

Así mismo, el estudio del espacio en las escalas del territorio y los lugares, expresan diálogos con el pasado, el presente y el futuro. Al tratarse de

un sistema, los lugares son configurativos de las visiones del territorio y a su vez manifiestan una búsqueda por el reconocimiento de lo propio, en el sentido de la tenencia y de la apropiación de los espacios que habitan y son cargados con expresiones de resistencias ante los efectos de las violencias en sus vidas. Dentro de este sistema, se abordaron los lugares habitados y reclamados, haciendo énfasis en la casa, donde se condensan significaciones y prácticas individuales y cotidianas. La casa habitada, por ejemplo, porta las significaciones de la casa perdida que a su vez se reclama, produciendo diferentes relaciones y significaciones, lo que también es analizado en las lógicas del palimpsesto. Estos lugares entran en vínculo con los de memoria y encuentro que condensan tanto las prácticas individuales como las colectivas.

Un elemento que permitió conectar el tema de los espacios con las resistencias fue la consideración de las dinámicas de préstamos y reclamación de espacios para los ejercicios individuales y comunitarios, que reflejan las ausencias de propiedad. Las ausencias de lugares para las memorias y la participación, con las búsquedas constantes de espacios para materializar prácticas y necesidades como la siembra, manifiestan unas resistencias que se dan en los órdenes del pedido al estado y sus referentes, pero también de la apropiación de aquellos sitios que se convierten en lugares, aunque sea de manera temporal, cuando son habitados y se les carga de simbolismos.

Las resistencias no son entonces sólo demandas u oposiciones, sino hechos cotidianos, actualizados permanentemente a modo de ritual. Al respecto de este tema discutimos el ejemplo de las memorias de Flor guardadas en bolsas, de los ejercicios de siembra en espacios prestados o de los actos de reunirse y encontrarse, todos ellos manifestando una actualización en el tiempo presente de sentires y recorridos que se conjugan con el pasado y el futuro. Las resistencias aquí nombradas se acercan entonces a los planteamientos de Valenzuela Arce (2019), sobre la bioproximidad y las biorresistencias que tienen que ver con las formas de encuerpar y simbolizar, que son contrarias a las imposiciones de los biopoderes.

REFERENCIAS

- Bajtín, M. (1989). Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica. En M. Bajtín, *Teoría y estética de la novela* (pp. 237-409). Taurus.
- Bello, M. N. (2004). Identidad y desplazamiento forzado. *Aportes andinos*, 1-11. <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/629/1/RAA-08-Bello-Identidad%20y%20desplazamiento%20forzado.pdf>
- Beriain, J. (1997). El triunfo del tiempo. Representaciones culturales de temporalidades sociales. En *Sociología y política, Nueva época* (pp. 8-41). Universidad Iberoamericana.
- BID. (23 de marzo de 2023). *Banco Interamericano de Desarrollo*. <https://www.iadb.org/es/desarrollo-urbano-y-vivienda/programa-ciudades-emergentes-y-sostenibles>
- Candau, J. (2002). Memoria y razón práctica. En J. Candau, *Antropología de la memoria* (pp. 36-55). Nueva Visión.
- Castillejo, A. (2016). *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Ediciones Uniandes.
- Castro, S. (2002). *La trama del tiempo*. San Esteban.
- CCOA, C. d. (03 de 25 de 2022). *Cámara de Comercio del Oriente Antioqueño*. <https://ccoa.org.co/wp-content/uploads/2022/02/Concepto-Economico-2021-1.pdf>
- CNMH. (2015). *Una nación desplazada: informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. CNMH-UARIV.
- Cruz C., A. L., Quevedo A., L. P., & Pinzón T., F. (2019). Afectaciones socioterritoriales, daños, desterritorialización y multiterritorialidad en el conflicto armado. *Revista de la Universidad de La Salle*, pp. 39-58.
- Eliade, M. (1955). *Imágenes y símbolos*. Planeta-Agostini.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los “derechos al territorio”. *Cuadernos de Antropología Social*, 25-38.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de cultura económica.
- García, C. I. (2007). Conflicto, discursos

- y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz. *Controversia*, pp. 129-145.
- García, C. I., & Aramburo, C. I. (2011). Oriente antioqueño: espacio, historia y reconfiguraciones. En C. I. García, & C. I. Aramburo, *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008* (pp. 43-53). Editorial Códice Ltda.
- GMH. (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. 2013: Imprenta Nacional.
- Halbwach, M. (1994). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Le Goff, J. (1991). *El tiempo como imaginario*. Barcelona.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros.
- Naranjo, G. G. (2001). El desplazamiento forzado en Colombia: Reinención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 5(94). <https://www.ub.edu/geocrit/sn-94-37.htm>
- Ospina V., A. M. (2012). *Del Movimiento Cívico del Oriente al Proceso Estratégico Regional - PER. Reseña histórica de las experiencias de articulación en el Oriente Antioqueño (1979-2012)*. PRODEPAZ.
- PNUD. (2010). *Oriente antioqueño: análisis de la conflictividad*. Impresol.
- Ther Ríos, F. (2012). Antropología de territorio. *Polis. Revista Latinoamericana*, 1-17.
- UdeA & IPC. (2023). *No había nacido pero escuché la bomba* [Documental]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=npK_7vK-0_I
- Valderrama Arboleda, M. (2019). *Caminos de vuelta. Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos en San Francisco (Antioquia, Colombia)*. Universidad de Antioquia INER.
- Valenzuela Arce, J. M. (2019). *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. CALAS.
- VerdadAbierta. (19 de 10 de 2009). Vicente Castaño llevó las Accu al Oriente antioqueño. *Verdad Abierta*. <https://verdadabierta.com/vicente-castano-llevo-las-accu-al-oriente-antioqueno/>
- Vergara F, A. (2009). Imaginarios del tiempo en la canción de Rockdrigo González. *Dialogía: revista lingüística, literatura y cultura*, 4, pp. 175-221.
- Vergara F, A. (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Vergara F, A. (2018). *Palimpsestos. Aspectos teóricos, territorio, patrimonio, cuerpo y humor*. Ediciones Navarra.
- Vergara F., A. (2017). Del espacio al territorio y al lugar y viceversa, apuntes teóricos y metodológicos. En A. Vergara Figueroa, *Estudios sobre el territorio: métodos y teoría. Conflictos, actores, emoseñificaciones. Estéticas y simbolismos* (pp. 17-52). Press.